

huvo existido. No he querido guardar para mí solo los títulos de mi nobleza, y he deseado hacerlos conocer, ó recordarlos á todos, á fin de que todos tomen parte en mi alegría y en mi gloria: el público juzgará si he obrado bien.

CAPITULO II.

EL MUNDO ANTES DEL SACERDOCIO CATÓLICO.

Si con la antorcha de la historia en una mano nos remontamos al origen de los tiempos, y partiendo del Calvario penetramos en la antigüedad, no podremos ménos que intristecernos y compadecernos de la vida humana. ¡Qué ignorancia tan profunda en todo lo que es vida y amor, que costumbres tan groseras, que insólitas alegrías, qué feroces preocupaciones circulan en la sociedad, y como otros cánceres mortíferos la minan insensiblemente! En medio de tan-

tas miserias, espectáculo aterrador es ver al hombre, á esta criatura tan noble, tan inteligente, materializar su pensamiento, manipular con sus dioses, y colocar en estas manipulaciones insensatas, la razon de su sér y el término de sus esperanzas.

La sabiduría del Pórtico y de la Academia, divulgaba gravemente máximas de moral; pero en ellas, cuántos errores, cuántas cosas vagas incoherentes, comunes y áun contradictorias! Ellas han sobrevivido despues de la caída de los filósofos que las publicaron, cómo las pirámides del desierto, palacios inmortales de la muerte. Para formarse una idea exacta de aquella sociedad antigua, tan famosa, tan elogiada por algunos, no tenemos más que recorrer su código. En verdad es humillante para nuestro orgullo ver reducida á algunas líneas las máximas de la sabiduría humana, ¡y de qué manera! Aquí, Dios está representado como un no sé qué de oscuro, vago, abstracto, inconocible. Allí, su nombre, su existencia, su accion, son enteramente olvidadas. Aquí, es declarado infame el hombre sin amigos: ved, pues, tachados de infames las tres cuartas partes del género humano, la porcion más interesante de la humanidad; los pobres y los infortunados. Allí el suicidio es proclamado

heroismo y llega á ser una ley. En religion, ¡qué de extravagancias tambien! Ved al orgulloso habitante del Nilo buscar en las riberas del rio que lo nutre un animal salvaje que se cria en sus aguas para prostituirle su incienso y sus oraciones. Las legumbres que nacen en sus jardines, son para este pueblo otros tantos dioses dignos de sus adoraciones; el error y el crimen, de tal manera embrutecieron y degradaron al hombre, que la más ligera centella de verdad y de virtud lo irrita y lo hace cruel. La sábia, la ilustrada Aténas, ¿no condenó á muerte á Sócrates, no más par enseñar la unidad de Dios? El romano, aquel soldado tan valiente, tan altivo, ¿no temblaba, asustado como un niño ante las entrañas palpitantes de un toro ó una ternera que degollaba, aguardando de tal sacrificio impuro, una respuesta favorable de victoria ó de derrota, de vida ó de muerte? Entre algunos pueblos, la supersticion, hija de la ignoracia, habia extinguido los más nobles sentimientos de la naturaleza; en la Galias y en Cartago, se inmalaban víctimas humanas, y los diré aun con vergüenza de la humanidad, mujeres se vieron, que olvidado su maternidad, solicitaban de los feroces dioses, como un favor distinguido, tener por agradable el sacrificio de sus

hijos....! Todas las virtudes del paganismo eran, con raras excepciones, virtudes contra la naturaleza. (1)

La ignorancia del verdadero principio, habia llevado á terribles consecuencias; Dios ignorado, ó desfigurado, ¿qué podria ser del hombre? ¿Cómo explicar su naturaleza y sus destinos? Se presentaba además al ojo menos previsor un conjunto inconcebible de elementos heterogéneos; la sutileza del espíritu, lo grosero de la materia, instintos sublimes, inclinaciones viles abyectas, un deseo inmenso de bienestar, y obstáculos insuperables; un amor decidido, tiránico aun para el bien, un impulso casi irresistible para el mal. A la verdad, las luces naturales habian descubierto, al través de estas extravagancias tan diversas y de estos gustos tan opuestos, un vicio en el hombre, una caída, lo diré de una vez, una ruina sublime. Pero ¿cuál era la causa de

(1) Se dice, y yo lo creo tambien, que los filósofos no participaban de los errores groseros de la multitud. Esta declaracion de Ciceron, en nada disminuye la fuerza del cuadro que represento: pues qué, ¿no obraban en público como las masas?

este cambio? ¿de dónde partia el golpe terrible que habia herido á un edificio cuyos restos parecian tan magníficos.? La razon del paganismo no lo podia descubrir: la orgullosa filosofía, naturalmente déspota, tenia el genio en tutela, y á la ciencia en prision. La palabra del maestro y la voluntad del destino explicaban todo, ó más bien, respondian á todo. De ahí un soberano desprecio por el hombre. En Roma, Mário derrama á su antojo la sangre de los nobles, Sylla la del pueblo. Los cómplices del traidor Catilina se obligan solemnemente matar á sus propios padres. (1) Augusto ordena al padre y al hijo que se maten mutuamente, y el padre y el hijo se matan mutuamente. (2) El senado es demasiado vil aun por el mismo Tiberio. (3) Los leones africanos eran cosa más sagrada que los hombres. Un paisano que hubiera disputado su vida contra estos animales, era soberanamente castigado. (4) Calígula deseaba que el pueblo romano tuviese una sola cabeza para cortár-

(1) Salust. in cat —44.

(2) Id. id. Bell. Rugier.

(3) Tácit. An.

(4) Cod. Teod. t. 6.º p. 22.

sela de un golpe. (1) Tito, para celebrar la fiesta de su padre Vespaciano, arrojó tres mil judíos para que fuesen devorados por las bestias. (2) Era muy comun ver degollar cinco mil, seis mil, diez mil, veinte mil personas de todo rango, todo sexo, de toda edad, por una sola sospecha del emperador. (3) El infanticidio estaba autorizado por una ley de Rómulo, continuada por las Doce Tablas. No se crea que tantas muertes inquietasen á los romanos, porque cuando no era por la mano del verdugo, ó por los dientes de las fieras, ellos mismos se mataban. El suicidio era muy comun en Roma, como sucede siempre entre los pueblos corrompidos. El hombre sensual cae en el estado del bruto y muere indiferentemente como él. Cuando el sentido moral se extingue absolutamente, ¿qué quedará?—El amor de lo que no es, de la nada. La mitología con sus ficciones encantadoras, la religion con sus fiestas brillantes, la moral filosófica con su cómoda licencia, no podian llenar las

(1) Suet. in vit.

(2) José—de Bell. jud.

(3) Tácit. lib. 15.—de Ann. Dion, lib. 76 p. 1290.
Herodías lib. 4 p. 150.

necesidas indefinibles que la humanidad sentia. Miéntras más se avanzaba hácia el porvenir, más trabajado se encontraba el hombre por no sé qué impaciencia desconocida: un malestar contagioso habia invadido á todos los pueblos; se habria dicho que eran los preludios de un difícil alumbramiento. Nunca la paz, ese beneficio tan grande del cielo, fué turbado con ruidos tan misteriosos como entónces, los cuales saliendo de las ciudades, se esparcian por las aldeas y hasta las cabañas más remotas se asediaba á los adivinos, se interrogaba á los ancianos, se exhnaban por todas partes las más antiguas poesías, se consultaban las tradicciones más antiguas; las de Cumas y de los hebreos, eran muy célebres sobre todo. El dacio bajo su choza, el arabe en su tienda. el bátavo en sus pantanos, cada uno en su lengua interrogaba al siglo futuro. Alguna cosa misteriosa se agitaba en el fondo de los corazones. Aténas levanta un altar al Dios desconocido. (1) Virgilio en su entusiasmo lírico, exclama: (2) «Ha llegado la última edad predicha por la Sibila de Cumas; de los siglos

(1) Act. de los Apóst. c. 17 v. 25.

(2) Virg. Eglog, 4.

fatigados el grande órden renace; ya vuelve Astrea, y con ella el reino de Saturno; de lo alto de los cielos, descende una nueva descendencia Los tiempos han llegado; asciende á los honores supremos, hijo querido de los dioses. De Júpiter majestuoso retoño, mira sobre su eje vacilante bambolearse el mundo: mira la tierra, la inmensidad de los mares. el cielo y su bóveda profunda, la naturaleza agitarse con la esperanza de un siglo venidero!»

«¡Oh, quién pudiera conservar una larga vida y poderosas fuerzas para celebrar tales acciones! No, no temeré ni á Orfeo de Tracia, ni á Lino; aunque fuesen inspirados, Orfeo por Caliope su madre, Lino por su padre el bello Apolo. Pan mismo, si tomase la Arcadia por juez de nuestros combates, á juicio de Arcadio, Pan se juzgaría vencido.»

El génio de la poesía, aquel armonioso eco de las alegrías y tristezas de la sociedad, habia sentido, como lo indican los versos de Virgilio, aquellas secretas agitaciones que turbaban entónces las creencias del viejo mundo pagano. La nueva faz de la humanidad así lo comprendia. El nuevo espíritu, de ello se apercibia, ¿y dónde podian, en efecto, hacerse más ostensibles sus iluminaciones que en aquellas revela-

ciones de los nuevos destinos de la humanidad. Así como en alta mar despues de una tempestad, cuando se restablece la calma y el nuevo dia aparece, y el ave canta sobre el horizonte, los pasajeros con el oido atento y la vista fija en el Oriente, saludan con impaciencia la aurora que se levanta.

En la época de que hablamos, la verdad se habia abierto paso al traves de todos los poros de la sociedad; su hora habia llegado, el mundo la poseía. Algunos siglos más tarde, ella habria sido confundida por el torbellino del error, ó ahogada por aquella corriente desbordada. Necesario era que la humanidad fuese atormentada, triturada por las ficciones y las armas. Más tarde, su luz no habria iluminado más que un grande osario. Entónces el sacerdote, depositario y ministro de la verdad llega al punto que se le confiara. Corre desde la altura de los cielos, y con su génio luminoso se extiende dulcemente sobre la humanidad, la reanima, la vivifica con su aliento, y le señala allá en lontananza una nueva tierra y mejor porvenir: la civilizacion del mundo por la caridad.